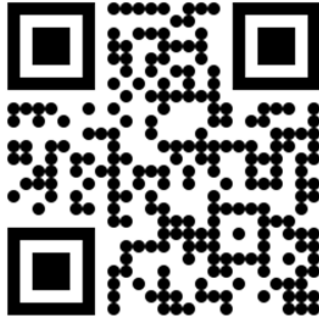




Autobiografía

Autora: Jorge Leodán Obaco Jaramillo

Soy Jorge Leodán Obaco Jaramillo. Nací el 24 de febrero de 1979 en el recinto Milagros, actualmente es una parroquia que pertenece al cantón Pindal, en la frontera de la provincia de Loja. Nací en el seno de una familia muy humilde y trabajadora, mis padres se dedicaban a la agricultura; la casa donde crecí era de adobe y el techo de teja; hasta la actualidad se conserva esta construcción, aunque en gran parte fue remodelada.

Desde muy temprana edad ayudaba a mis padres en los trabajos agrícolas; cada año alistábamos las herramientas para trabajar la tierra, se sembraba todo tipo de granos, algunos años nos iba bien, otras veces no se lograba cosechar lo que se esperaba. Esa era la forma de lograr nuestro sustento; recuerdo como si fuera ayer las veces que me tocaba ir a cargar agua desde un tanque para cocinar, pues todos debíamos apoyar con nuestro esfuerzo.

Mi infancia fue muy dura, los estudios primarios los cursé en la Escuela Fiscal Mixta “Eduardo Hammner” del barrio Milagros. Recuerdo que en la época que culminé la escuela, por situaciones de sequía todos los sembríos se perdieron, por ello, muchas veces en mi hogar no tuvimos ni para la comida. Mi padre emigró a la provincia de El Oro a trabajar, especialmente en la producción de banano; luego toda la familia tuvo que dejar su propia tierra.

De esta manera, cuando tenía 12 años, mi papá me consiguió trabajo en una hacienda bananera; así empecé a enfundar el banano, la primera vez no me podía ni parar bien la escalera. Transcurría el tiempo, lo que pagaban por el trabajo no alcanzaba para mantener a una familia compuesta por siete hermanos.

Mi padre tenía un sobrino que vivía en Lago Agrio y trabajaba en la Dirección Hispana de Sucumbíos. Un día, durante una visita, le preguntó a mi padre por qué yo no estaba en el colegio. Mi padre le explicó que la situación económica era complicada y que, en lugar de estudiar, yo lo ayudaba a trabajar. Además, mencionó que el colegio quedaba a aproximadamente una

hora de distancia, pero que haría el esfuerzo necesario para que pudiera asistir. Recuerdo que mi primo insistía en que era fundamental que yo estudiara, ya que esa era la única manera de salir adelante. Compartió su propia experiencia, señalando que él también se había preparado trabajando y estudiando.

Los días transcurrían y, de repente, la situación en las haciendas se volvió complicada. Los robos se hicieron cada vez más comunes. Nosotros residíamos a la orilla de la vía principal La Primavera, que conecta con la ciudad de Machala. Recuerdo claramente una madrugada en la que un grupo numeroso de ladrones irrumpió en nuestro hogar. Nos ataron a todos los miembros de la familia y, además de nosotros, en la casa vivía una tía que se encargaba de cuidar una bodega donde se guardaban las herramientas de trabajo. Los intrusos lanzaron amenazas, diciendo: “Si se mueven, los matamos”. Se llevaron lo poco que poseíamos y todas las herramientas de la bodega, dejándonos con un vacío difícil de llenar en los días siguientes.

Con lo que sucedió, mi padre tomó la decisión de dejar la hacienda y arrendó una casa de caña en la parroquia la Iberia que pertenece a la ciudad de Machala, todos los días me tocaba llevar a mi padre al trabajo en una bicicleta, mientras mis hermanos se iban a estudiar a la escuela que les quedaba cerca, con todo esto mi papá ya decidió apoyarme para ingresar al colegio, que emoción.

Fue en esa etapa que comenzó mi aventura en el estudio. A los 14 años, ingresé al Colegio Nacional Técnico Alejandro Castro Benítez, en la parroquia El Cambio, perteneciente a la ciudad de Machala. Durante ese tiempo, trabajaba por la mañana y estudiaba por la tarde. Mi papá se esforzaba por proporcionarnos la alimentación era muy responsable, pero tenía un carácter fuerte y nos educaba con rigor, tal como había sido educado él. Se enojaba fácilmente, mientras que mi mamá nos protegía, aunque entre ellos ya había algunos disgustos. Por eso, un día, al regresar del trabajo con papá, nos encontramos con que no había nadie en casa. Mi mamá y mis hermanos se habían

ido a vivir a otro lugar. Recuerdo que mi padre lloró al darse cuenta de la situación, y yo me sentí muy mal al ver su desconsuelo. Fue entonces cuando manifestó que regresaría a su tierra en Loja. Para ese momento, yo estaba cursando el décimo año de Educación General Básica (en aquel entonces llamado tercer curso), y, ante esta situación, me vi obligado a quedarme solo.

En el barrio donde vivía había un solar con una choza de caña que era para construir la casa comunal, allí me dieron para que viva; recuerdo que la puerta era de zinc y cuando habría se escuchaba a lo lejos. Tenía una rutina que la seguía al pie de la letra: En la mañana trabajaba, en la tarde estudiaba; llegaba del colegio a las 18:30, entrenaba artes marciales donde un amigo un par de horas; las tareas las realizaba en la noche, siempre dedicado al estudio y pensando que algún rato sería un profesional.

En ese tiempo lo que ganaba trabajando no me alcanzaba para mi sustento, muchas veces no tenía para pagar el pasaje al colegio, pero mis amigos me ayudaban; a veces tocaba hacer señas y esperar que algún carro parase para que me lleve a casa. En el trabajo no la pasaba bien, había días duros en los que no lograba hacer lo que me pedían; un día mientras jalaba veinte racimas de banano (garrochar), me quedé atascado sin poder moverme debido a que el suelo estaba mojado; me senté y se me corrieron las lágrimas de impotencia; llegó un amigo y me ayudó a salir de ese apuro.

Sin embargo, nunca me derrumbé, todo esto me hacía más fuerte; nadie me podía quitar las ganas de seguir preparándome para ser un profesional; las vacaciones las dedicaba a continuar trabajando el día completo, tratando de acumular un poco más de recursos.

De pronto, llegó el momento en que ya estaba graduándome de bachiller de la República del Ecuador, con una especialidad en Mecánica Industrial. Una de las anécdotas más trágicas de mi vida fue el día de mi graduación, no tenía zapatos nuevos, tocó pedirle a un familiar; me recomendó que los cuidara, ya que eran caros. Así,

caminaba y miraba al piso cuidando los zapatos, evitando pisar mal o que se lascaran. Pero finalmente, en la ceremonia de grado, mi hermana me colocó la capa.

Ya graduado, recordé que papá me contaba que tenía unos sobrinos en Lago Agrio que ayudaban a conseguir trabajo en compañías. Conseguí el número de teléfono de Carlos Sarango y lo contacté; le pedí que por favor me ayudara a buscar trabajo y me contestó favorablemente. Con 20 años me trasladé a Lago Agrio; en ese entonces viajé en transporte de la cooperativa Loja, llegué al terminal en medio de una fuerte lluvia que me asustó; luego llamé a mi primo, quien fue a recibirme; me consiguió trabajo en una compañía como ayudante de suelda, pero me tocaba ir a Shushufinde. Al ser un sitio aún más distante que Lago Agrio, no sentí mayor agrado y caminando sin esperar nada, me topé con mi primo Germán que trabajaba en la Dirección Hispana de Sucumbíos. Se dio la situación de que nos encontramos con el rector de un colegio que buscaba contratar a un profesor, necesitaba un matemático. Mi primo enseguida, le expresó “aquí tengo uno”; con lo cual, recibí de inmediato la propuesta de trabajo por parte de este rector. Me asustaba el hecho de ser solo un bachiller; pero fui animado a que mientras trabajara, también estudiara. Así llegué a ser docente del Colegio Nacional Mixto El Reventador, me pasaba noches enteras planificando las clases, aun así, me sentía muy nervioso frente a los estudiantes.

Como el colegio era pequeño daba clases a todos los cursos; con el paso de los días me iba gustando enseñar; además ya empezaban a escucharse los comentarios de que los estudiantes me entendían con facilidad en las clases. No ganaba mucho, pero sentía que aquello era mi pasión. Al vivir dentro de un internado, pasaba tiempo con estudiantes, practicaba mucho deporte; algo que me fascinaba.

En medio de satisfacciones, también ocurrió algo lamentable e inesperado que hoy puedo contarlo como una anécdota. Y es que,

al permanecer en la institución con hospedaje y comida, aunque ganaba poco, no gastaba; por eso había acumulado los cheques de tres meses y el día que decidí acercarme al banco para cobrarlos y así enviar dinero a mi mamá, sucedió que unos tipos me abordaron; perdí el conocimiento; al recuperarme y buscar en mis bolsillos el dinero, hallé un fajo de papeles; me habían robado todo: me tocó pedir para el pasaje y retornar al trabajo.

Pasaba el tiempo y continuaba laborando a la par que empecé a estudiar a distancia. En el año 2007 contraje matrimonio; tengo una gran familia. Mi esposa y mi hija son mi motivación para seguir creciendo como profesional. Para ese entonces ya estaba el concurso Quiero ser maestro (QSM) del Ministerio de Educación; además estaba por culminar mi carrera universitaria.

Me gradúe en la Universidad Tecnológica Equinoccial (UTE), obtuve una Licenciatura en Ciencias de la Educación con mención en Matemática; inmediatamente, ingresé al concurso QSM4, cumplí con todo el proceso de evaluaciones. En ese entonces se necesitaban 800 puntos para tener un nombramiento definitivo; recuerdo que fueron muchas las noches de preparación y gracias a Dios logré ganar este concurso e ingresé como docente en la emblemática Unidad Educativa del Milenio Lumbqui, del cantón Gonzalo Pizarro de la provincia de Sucumbíos.

En el 2016 llegué a esta gloriosa unidad educativa que tiene alrededor de 1500 estudiantes; recién se inauguraba la obra y se hacía el cambio de autoridades. Me solicitaron que les ayudara como vicerrector de una jornada, función complicada que demandaba gran responsabilidad y compromiso. Acepté el reto, pues siempre he sido una persona que me gusta aprender de los demás. Por ello, siempre agradezco a mis profesores, los que tuve en mi carrera; con ellos aprendí bastante y eso me sirvió para mi nuevo rol; este cargo lo ejercí por el lapso de cuatro años. Con altos y bajos logramos sacar adelante a la institución.

Mientras ejercía el cargo de vicerrector, tenía pocas horas de clase; entonces, empecé a trabajar dando refuerzo académico a los estudiantes que presentaban bajo rendimiento en matemática en el año 2019-2020. Así, puse en marcha el proyecto GeoGebra como Recurso Didáctico en Matemática; trabajaba con 80 estudiantes de la residencia estudiantil que la unidad educativa ofrecía. Soy de las personas que piensan que lo que uno aprende debe compartirlo; trabajaba dos horas en la tarde en el laboratorio de computación.

GeoGebra es una herramienta tecnológica que la utilizo en mis clases de matemática; con los estudiantes empecé desde cero. Primero, para muchos era una novedad el computador, ya que venían de escuelas donde no contaban con recursos tecnológicos; con ellos empezamos a realizar actividades dinámicas para mejorar la práctica con las operaciones básicas, como sumas, restas, multiplicaciones, divisiones, potencias y raíces.

Mediante esta metodología activa buscamos aumentar la motivación de los estudiantes, desarrollar competencias matemáticas y fomentar el trabajo en equipo, además de lograr un aprendizaje en donde se puede estimular la creatividad al manipular esta herramienta que está dentro del currículo nacional.

En este año logré presentar dicho proyecto al concurso de Excelencia Educativa de la Fundación FIDAL. Era mi primera vez como participante en un concurso al que suelen presentarse muchos maestros a nivel nacional y de Iberoamérica. Les había comentado a los estudiantes sobre este desafío para motivarlos a un desarrollo pleno con evidencias de aprendizaje. Noté que les gustaba manipular el computador; y de repente empezó la pandemia y nos tocó suspender la presencialidad. La virtualidad nos hizo notar que estábamos en cero en cuanto al manejo de la tecnología y nos tocó aprender a la brevedad para poder impartir nuestras clases. Desde la Fundación FIDAL comunicaron que, por la emergencia sanitaria, las visitas del jurado se suspendían y todo pasaba a la modalidad virtual.

Cierto día, recibí un correo anunciando que mi proyecto estaba entre los semifinalistas del concurso; en ese mismo correo se participaba que en una próxima fecha se expondría el trabajo al jurado nacional. Con gran emoción, preparé el material para mi presentación; llegó el día de exponer mi trabajo; recibí felicitaciones por parte del jurado. Luego de un tiempo, fui notificado de que, en efecto, mi proyecto pasaba a ser uno de los finalistas. Me embargaba la emoción y la tensión al mismo tiempo y me decía a mí mismo, que sea lo que Dios quiera.

Llegó el día de la final del concurso, que se desarrolló en modalidad virtual durante dos días de ceremonia. El primer día ni fuimos nombrados; pensé que estábamos eliminados; luego, recibí una llamada en la que me preguntaban qué tal había estado el programa y les manifesté que me había parecido muy elegante, pero que, pese a ello, estaba triste porque no había sido nombrado, a lo que me respondieron que esperase al otro día. Estaba lleno de nervios, pero a la vez feliz por haber llegado tan lejos. Aunque no logré estar entre los premiados, haber sido reconocido como finalista me regalaba una satisfacción que me comprometía a seguir trabajando para mejorar el proceso de enseñanza-aprendizaje en favor de mis estudiantes.

Al siguiente año, como la residencia ya no funcionaba, empecé a trabajar con los estudiantes de séptimo año. Para ellos, el proyecto fue más novedoso; después, en el nuevo periodo lectivo, retorné a la gestión con los estudiantes de octavo año. Decidí postularme otra vez en el concurso (2022-2023). Quedé semifinalista y, con ello, la renovación en mi afán de continuar con esta labor de mejoramiento académico.

En este año he logrado mucho en mi carrera como profesional; participé en el concurso del Ministerio de Educación “Mejor docente, Cumbre Nuevas Fronteras Educación 360”, donde fui ganador del primer lugar en la categoría de Innovación Educativa; también participé en el concurso Elaboración de Recursos Educativos en la

UNAE, donde obtuve el tercer lugar. Así mismo, con un grupo de grandes maestros y maestras de diferentes partes del Ecuador logramos escribir un libro donde contamos nuestras experiencias y nuestros proyectos. El libro se tituló *Docentes en Iberoamérica*, y fue publicado gracias al apoyo de la Red de Pedagogía Ecuatoriana y de la Fundación FIDAL.

El proyecto GeoGebra como recurso didáctico en Matemática continúa; dentro de las horas de clase se establecen dos horas semanales de práctica en el laboratorio de computación; los estudiantes realizan actividades dinámicas a partir de una guía de pasos que facilitan las construcciones; para poder evidenciar los resultados de mejoramiento, como docente he diseñado actividades en otras plataformas que me sirven para favorecer la práctica.

Geogebra es un software abierto, muy fácil de manipular; los estudiantes lo pueden descargar en sus teléfonos móviles y los que tienen computador en casa mucho mejor; esta herramienta TIC es de gran ayuda en educación; facilita el trabajo en los estudiantes y docentes, por eso recomiendo su aplicación.

Sigo trabajando con todo el entusiasmo para ayudar a aquellos estudiantes que más necesitan mejorar los aprendizajes en Matemática; espero mantenerme motivado en esta maravillosa carrera que un día escogí y de la que hoy me siento muy orgulloso. No desmayaré en la búsqueda de mejorar la educación desde cualquier rincón de mi amada patria.

En verdad, me apasiona el campo educativo; todos los días aprendo algo nuevo y mi mayor motivación para continuar en este camino del saber es la de ver a mis estudiantes lograr grandes éxitos en la vida; ¡eso me hace feliz!

